

MUNDO -



MADRID: 1890. - IMPRENTA DE JOSÉ CRUZADO, DIVINO PASTOR, 9.

EL MUNDO ALEGRE.
PERIÓDICO QUINCENAL,

QUE PUBLICARÁ

POESIAS Y ARTÍCULOS INÉDITOS

DE LOS

PRINCIPALES LITERATOS

Y DIBUJOS DE LOS

MEJORES ARTISTAS.

FOTOGRAFADOS DE LAPORTA

ADMINISTRADOR:

JULIAN RODRIGUEZ.

CUADERNO 2.º

Precio: 10 céntimos.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN,
TESORO. 5, BAJO,
MADRID



EL MUNDO ALEGRE.

LA VIDA GRATIS.

¡Parece mentira! Lo más importante que hay que hacer en este mundo es vivir, y, á pesar de eso, no hay en ninguna Universidad del mundo una cátedra en que se den lecciones de tan importante ciencia.

Los hombres aprenden cosas que yo considero secundarias, como á curar enfermos (que sanan ó no sanan), á construir puentes (que se hunden ó no se hunden), á defender pleitos (que se pierden ó se ganan); pero á vivir, á vivir bien, y sobre todo á vivir gratis, no hay quien enseñe.

Sin embargo, en esa materia hay doctores, y doctores peritísimos, que no han salido de ninguna Universidad, pero que merecían título, honores, y si no fuera por ofenderlos, diría que hasta merecen estatua.

La vida es corta, esto es cosa sabida.

Pues bien, pasarse la vida trabajando es la mayor de las majaderías.

No hay tontería igual á la de «pasar de este mundo al otro sin saber lo que es canela,»

como reza una copla andaluza que andaba en boca allá cuando Eduardo Palacio, Bustillo y yo íbamos á la escuela con me-

lena y gorrita y calzón corto y cartapacio de hadana.

Hay quien nace, crece, se desarrolla y trabaja, y cuando llega la suerte suprema se va al *otra barrio* ignorando que hay trufas exquisitas, vino de Chateau-Iquen y mujeres guapas.

Hay otros que se van del mundo hartos de todas estas cosas y sin haber cogido en su vida una pluma, ni una lanceta, ni un compás, ni un Código.

Claro está que el triunfo pertenece á estos últimos.

Pero bueno, ¿cómo se las componen?

¡Ah! Para eso está el ingenio, que es el quid de todas las cosas.

Hay quien hace versos á los doce años, y hay quien á esa misma edad ya lleva de gorra, come por invitación, tiene entrada franca en todos los teatros y hace el amor á la hija de un acudalado.

Para decir lo que siento debo declarar que esta clase de sujetos me son muy simpáticos. Yo los admiro como admiro á un gran músico, ó á un gran artista, ó á un gran torero. Generalmente nos inspiran admiración todos los que acometen empresas que no nos sentimos con fuerzas para acometer.

A uno de los doctores de esta

ciencia novísima le conocí hará cosa de tres años, y desde entonces nos conservamos amistad y simpatía.

Dire cómo pasó.

Celebrábase un banquete con motivo de haber salido diputado un sujeto que no se lo merecía. ¡Las cosas claras!

El nuevo padre de la patria se las compuso de modo que pareciera que sus *numerosos* amigos le ofrecían un banquete.

A éste asistían personas de todas clases y condiciones, políticos desocupados, artistas de los que gustan que su nombre ruede por los periódicos, oradores de sobremesa de esos que en cuanto destapan el champagne sienten invencible coñezón de hablar, y periodistas.

Yo iba representando no sé qué periódico.

Había mucha gente. Yo busqué un sitio, el menos visible, me senté, comí y calle.

Frente á mí se colocó un sujeto muy simpático, afeitadito, pulcro, estirado, bien vestido, del que recibí algunas muestras de simpatía. Parecía que el hombre había ido allí para agasajarme. A cada paso me decía:

— ¿Una aceitunita? ¿Una raji-ta de salsichón? ¿Mas vino? ¿Un mondadientes? ¿Quiere us-

el repetir? ¿Le gustan a V. estos *Bechamel*? etc., etc.

Yo todo lo aceptaba, á todo correspondía, y la simpatía entre nosotros crecía á medida que las botellas de vino se vaciaban. ¡Ah! El vino es el lazo de unión de los hombres, de las familias, de los pueblos y de las razas!

Pasó el champagne, llegó el café y el cognac y el cigarro puro, y se levantó el más impaciente y gritó

— ¡Señores!...

Todos nos impusimos unos á otros silencio, y aquel orador de *meat* habló cuanto quiso, y le aplaudieron con verdadero frenesí.

Mi vecino de enfrente, que no tenía ya nada con qué brindarme, me dijo como quien ofrece un dulce:

— ¿Le gusta á V.?

— ¡Psh, no está mal!

Luego habló otro, con aplauso por supuesto; después peroró otro y otro y otro, y al final de cada uno me decía mi vecino:

— ¿Y este, le ha gustado á Vd?

Luego habló por fin el diputado electo, y mi compañero de mesa me preguntó.

— ¡Ah! ¿Conque es este el padre de la patria?

— El mismo, ¿no le conocía Vd.?

— No, es la primera vez que le veo.

— ¡Ah, vamos! Entonces es usted, como yo, periodista!

— ¡Quiá, no señor!

— ¿Pintor?

— ¡Menos!

— ¿Abogado? ¿profesor de violín?

— ¡Nada! no se moleste Vd. Yo no soy nada. He venido... porque se comía.

— Pero ¿invitado?

— ¡Quiá!

— ¿Como suscriptor al banquete? ¿Pagando el cubierto?

— ¡Bobería! Eso no tendría gracia!

— ¡Vengo como espectador y de paso... como! ¡En esta casa sirven muy bien!

— No me explico...

— ¡Lo creo! ¡Yo se lo explicaría á Vd. pero... ese es mi secreto!

Entonces entré en sospechas.

Terminado el banquete nos separamos, nos dimos las manos, nos presentamos uno á otro, pero aquel sujeto no me dijo su domicilio aunque sí su nombre. Se llama Perez ó González, ó Fernández. «¡Algo así!»

Después he visto á ese mismo señor en varias ceremonias, reuniones, banquetes y siempre nos hemos saludado con cierto afecto.

Una vez le vi en el entierro de un hombre notable. Nos reunimos en el cementerio, nos dimos la mano y charlamos.

—¿Conocía Vd. al difunto?—
le pregunté.

—¿De oídas! ¡nada más que de oídas!

—Ah! Ya! Como ha traído usted un coche tan hermoso... me presumia....

—No, el coche le paga la casa: Hacía una mañana hermosa y he dicho: ¡yaya, acompañaremos á ese pobre difunto y de paso respiraremos el aire puro.

Otro día le vi en un baile del teatro Real.

—Esto está hermoso—le dije; —pero francamente, tres duros cada billete me parece caro!

—A mí me lo ha dado la empresa—me contestó:

Después le he visto en una recepción académica, en una función de gala en el teatro, en diez ó doce banquetes, en varias corridas de toros....

Por fin un día me resolví á sacarle la verdad del cuerpo.

Hablamos del lujo, de las fiestas, de lo agradable que es vivir en Madrid....

—Oh! En Madrid se vive bien. —dije yo—pero ah! la vida de Madrid es cara, muy cara.

—¿Lo cree Vd.?

—Ah! sí! lo creo firmemente.

—Pues lo que es yo....

—¿No opina Vd. lo mismo?

—Tengo mis razones. Yo vivo bien, y.... lo que es más importante, vivo gratis.

—¿Gratis? ¿Ha descubierto

usted el medio de vivir singular un cuarto?

—¿Sí señor! ¡Ya hace años!

—Y ¿cómo! ¿cómo se las compone Vd.?

—Ah! usted perdane, este es mi secreto.

Y para cambiar de conversación sacó la petaca y me ofreció un magnífico habano.

—¿Usted gusta?

—¿Sí! muchas gracias. ¡Buen cigarro!

—¿Este es del banquete de anoche!

—¿También estuvo usted de banquete ayer?

—También!

—¿Y quién era el agasajado?

—¡Ah! no sé, ¡no le conozco! un sujeto que dicen que ha descubierto no sé qué cosa ¡un majadero! Ya ve Vd., ¡yo he descubierto la vida gratis y aquí me tiene Vd. modestamente sin darme importancia y sin pedir que me fabriquen éxitos.

—¡Toma! ¡Como que Vd. los compra hechos!

—¿Y le parece á V. poco?

Efectivamente. El señor de Pérez ó de González, ó lo que sea, ha dejado atrás á Galileo.

Este sabio descubrió que el mundo daba vueltas.

El Sr. Pérez ha descubierto el medio de aprovechar en beneficio suyo el movimiento del mundo. ¡Gloria al Sr. Pérez!

MANUEL MATOSES.



Don Cristino del Cedazo,
de esgrima gran profesor,
le pega con gran primor
al más pintado un sablazo.

¡VALIENTE FOTÓGRAFO!

¡Qué visión tan horrorosa!
¡Qué descaro, qué osadía!
¡Por la vista á cualquier cosa
llama usted fotografía!

Después de tenerme un rato
quieto, en postura forzada,
me saca V. un retrato
que ni es retrato ni es nada.

¡Ilombre, por Dios! Me resista
á recibir *tal regalo*.

¿Sabe usted que nunca he visto
un fotógrafo tan malo?

Esa cosa que me ofrece
y á la cual aludo aquí,
á cualquiera se parece
sí señor, menos á mí.

Y es tan cierto lo que digo
que lo más hace una hora
me preguntaba un amigo:
—¿Es usted ó es su señora?

Este dicho impertinente
que por todas partes cunde
me prueba evidentemente
que hasta el sexo me confunde!

Usted será muy artista,
se lo digo sin empacho,
pero no hay Dios que resista
semejante mamarracho.

Sólo un detalle ha salido
y por cierto que me asombra,
y es que lo más parecido
que tengo es *la mala sombra*.

Por lo demás, yo confío
que opinará como yo,
pues ni ese retrato es mío
ni Cristo que lo fundó.

Hay más; aquella mañana

que le hice á usted la visita
iba yo de americana
y he salido de levita.

Sólo una calamidad
de la cabeza á los pies
tiene la facilidad
de hacerlo todo al revés.

Y usted lo hace ¡ya lo creí
y según tengo á la vista
para sacarle á uno feo
es usted *especialista*.

¡Todo lo echó usted á perder!
¡Todo lo saca usted mal!
¡Todo lo cambia el poder
de su máquina infernal!

Los unos saten nublados,
los otros mal parecidos,
casi *muchos* jorobados
y casi *todos* torcidos.

De un soldado hace un torero,
un *gomoso* de un cesante,
con un clérigo un bulero,
con un *cursi* un elegante.

Con un niño, ise hace un flol
con un viejo hace una Ceres,
con una mujer.... ¡Dios mío,
lo que hará con las mujeres!

FIACRO INAYZAZ.

EL BUEN PASTOR.

1

—Anda, Ramona, anda; tráeme
te la bolsa de los avíos, que se
hace tarde, y si luego después
de las ocho va á cogerme la de-
lantera el zampabollos de don

Rufo y tengo que esperar dos horas para decir misa.

—Cuidadito con el sol.

—Descuida, ya me taparé.

—Y á ver si vuelve V. pronto, para tomar el chocolalito.

—Enseguida... ¡Ah! No te olvides de mandar por el vino, ya sabes; calle de la Sierpe y que digan que van de mi parte. ¡Verás qué vino! ¡Cosa superior! Mandas la bola de las dos arrobas, pero que la laven antes muy bien lavada, ¿entiendes? para que no se pique... Ea, ahur, trastuela...

—.....

—¡Qué cosas tiene V.!

II

—Santos y buenos días, mi señor D. Rufo. ¡Carambita y como se madruga!

—Haber venido antes.

—No, si no lo digo por eso. Precisamente á mi lo mismo me da minuto más que minuto menos.

—Ya, ya, ¿eree V. que no me ha dicho Restituto el monagu, las maldiciones que V. me lanza cuando le tomo á V. la delantera?

—¡Jesús, María y José! Es cuanto me queda que oír.... Ven, acá tu, bribonazo. ¿He dicho yo algo de don Rufo? ¡Lléndole aparte. ¡Ingrato! ¿Es así como me agradeces el duro

que te di á ganar cuando se murió la mujer del guarnicionero?

—Pero si ya...

—Anda, despáchate, que eres un desagradecido, saca de la bolsa los avíos, que te voy á poner las orejas como dos pimientos morrones. ¡Descaradote! ¡Chismoso!

—No le haga V. caso á don Rufo; es que le tiene á V. rabia y sólo por incomodarle se planta aquí á las siete, y lo primero que hace es preguntar si ha venido V., y siempre está metiendo cuentos... ¡Mecachis!

—A callar. *(transición.)* ¿Hay algo hoy?

—Sí, señor; un bautizo.

—¿De primera?

—¡Cá! De quinta

—¿De quinta? Siempre me tocan á mí estas gangas... ¿Que tal aspecto tiene el padrino?

—¡Pchs! Es chato.

—¿Chato? Verás como me fastidia.

—Debe ser militar, porque gasta un genio...

—Vamos, será de esos que no pasan de la tarifa y aún les parece caro... Anda, despáchate, que tengo mucha debilidad, y mele la cabeza en el templo á ver en qué está don Rufo.

—Está en el Santo, Santo.

—Verás cómo me tiene aquí una hora de plantón sólo para ahurrimme. No sé cómo hay de-

votos que le den trabajo á ese hombre.

—Pues ahora le han salido cincuenta misas de una difunta.

—¡Cincuenta palos le daría yo! Ya se ve; si todos fuéramos intrigantes como es él. Así está de gordo, que hay que meterle en el confesonario con calzador.

—Yá viene.

—¡Acabáramos! Anda, coge las vinajeras y á ver si despachamos pronto, porque me estoy cayendo de debilidad.

III.

—Ramona, tráete una copita y unos bizcochos; anda de prisa, que tengo que ir á casa de don Remigio á ver si se ha muerto ó qué hace.

—¡Pobrecillo! Ya llevadías así, desde Marzo. ¡Por fuerza! Se fué á San Ildefonso á las cinco de la mañana, sin nada dentro, y se confesó y se puso á oír misas y misas; después tuvo que ir al juzgado á deshanciar á un albañil que le debía mes y medio de alquileres, y cuando quiso recordar, ya no le admitía nada el estómago.

—Y es bueno como el pan.

—¿Que si es bueno? Un hombre que no se ha querido casar por no meterse con nadie, y que vive en el templo del Señor

como quien dice. Si salía era á sus embargos y sus prestamos y pare Vd. de contar. Me parece que le estoy viendo vestido de Nazareno el Viernes Santo por la tarde; no le faltaban más que las heridas para parecer un Nuestro Señor Jesucristo en carne mortal... ¡Ay, Ramona, lo que somos!... Trae otra copita y ten bien lavada la bota para que no se avinagre. Abur, picarue-la...

IV.

—¿Ya está Vd. de vuelta?

—Sí, hija, traigo una debilidad...

—¿Y qué tal?

—Nada; lo mismo. Cuando entré le habían dado un pollo con tomate y se lo comió entero, pero al poca rato ya estaba el pollo otra vez en este mundo. ¡Medió una lástima!

—¡Yo lo creo; un señor tan santo!

—No; si hablo del pollo... ¿Qué tengo yo?

—No le noto á Vd. nada.

—¿Qué tengo para comer? es lo que le pregunto.

—Ternera con salsa, espárragos...

—¡Hombre! Me alegro.

—Jamón con guisantes...

—Bien; ¿has traído el vino de la calle de la Sierpe?

—Sí, señor. ¡Vaya un vino!

—¡Oh! ¡lo que es eso!... Anda, quesaquen la comida... Alas dos tengo un bautizo de quinta.

—¡De quinta! ¡Que miseria! ¡Bautizo, como el de la gobernadora cesanta de la calle del Olivar!...

—Aquello si que era comer. El chocolate lo servían en vasos de medio cuartillo. ¡Y qué bandejas de bizcochos! en fin, yo me puse malo. De esos caen porcos; por supuesto, yo tengo la aprensión de que cada día nacen menos chiquillos decentes.

—Sera con la sequia.

—Pues hija, flover bien llueve.

V.

—Ramona, ¿ha venido alguien?

—Sí, señor, ¿no sabe Vd. lo que pasa? Que D. Remigio está en los últimos.

—¿En qué últimos?

—En los últimos momentos. Han venido á avisarle á Vd.

—¡Qué desgracia! Pues anda, hija, anda, di que saquen la cena, porque allí con el disgusto no estaran para nada, y ni cena habrán puesto. ¡Pobre D. Remigio! ¡Un hombre tan religioso, tan rico y tan inocente!... ¿Qué es esto? ¿Alcachofas? Megustan. Yo cuando vi que se quedaba con el pollo dentro, al instante dije... Écha vino... Por supuesto, habra mandado que los funerales sean de primera... ¿Y esto? ¡Hombré! Chuleta rebozada; y huele bien! ¡Lo que somos, Ramona! No sé si me quedará tiempo para ir á jugar mi tresillo á casa de D. Nicomedes... Si D. Remigio tarda en morirse, me fastidia. ¿Tienes seguridad de que estaba en los últimos momentos? Porque hay muertos que engañan... Écha vino... ¡Ay, qué vida esta! Sólo Dios es infinito... ¿Qué hay de postre?

LUIS TABOADA.

UNO DE TANTOS.

—¿Qué miro?... Si! ¡Burgondoforo!

—No me engaño! ¡Don Tadeo!

—¿Cuándo ha llegado?

—En el mixto.

—Bien haya el feliz encuentro
de mi profesor ilustre!

—Lo dirás por lo mugriento!

—Tan buen humor como siempre!
Cuantos años!

—Diez lo menos.

Metamorfosis completa,

¡Si estás hecho un caballero!

Quién había de pensarlo?

—Mil gracias por el requiebro.

—Aludía á tu elegancia.

—Es que me viste Moreno!

Sastre á la *dernier*!

—¿Qué escucho!

Ya hablas francés?

—Por supuesto:

y alemán, inglés, sanscrito,

italiano y hasta griego.

Si es lo más rudimentario

y aun vulgar.

—Pues no lo entiendo.

Tú, que jamás conseguiste

ni mal conjugar un verbo,

¿convertido ahora en políglota?

—No dudará?

—Ni por pienso.

Admito tu testimonio

y, á no pecar de indiscreto,

quisiera que me informases
de tus ansias, tus proyectos,
de tu carrera....

—El programa

pecaría por extenso.
Condensaré.... De Escolapio
abandoné el derrotero,
y enamorado de Themis
me hice doctor en Derecho.
Rápido fué el desencanto.
Las Partidas y el Digesto,
con mi inquieta fantasía
estaban en desacuerdo,
y busqué á mis aptitudes
horizontes más extensos.
La oratoria, la política,
las *soirees*, *meetings*, conciertos
conferencias, recepciones,
academias, ateneos,
juicios orales, teatros,
y el Senado y el Congreso....
esa labor penosísima
del infatigable obrero
de la idea, han absorbido
y absorben todo mi tiempo.
La ubicuidad no es utopía,
y yo soy la prueba de ello;
pues me divido, me sumo,
me multiplico, me resto;
busco, pido, asalto, corro,
rabio, agito, arguyo, inquiere,
bullo, exijo, ataco, acuso,
cito, forjo, explico, invento,
hablo, escucho, elogio, aplasto
mando, juzgo, afirmo y niego,

Los periódicos me asedian:
«Venga ese trabajo inédito!»
«Que no me falte el artículo!»
«Que no olvide usted mis versos!»
«Y mi sátira? Y mi prólogo?»
«Y esa crítica?»

—No encuentro
para mi asombro, la frase.
¿Tú crítico?

—Es mi elemento.
Con las modernas corrientes
hay que ser enciclopédico.
—Quien negase tu modestia
sería injusto. Y ¿que género
de crítica?

—Abarco varias;
La literaria prefiero.
Después lírica, pictórica,...,
precisamente ahora vengo
de la Exposición y traigo
unos apuntes soberbios,
¿Qué cosa más desdichada!
Ni un solo genial destello.
La decadencia es visible
y no vislumbro el remedio.
Si alzarán la faz Velázquez
Murillo y Españoleto!
Voy á decirlo clarito,
Garrotazo y tente lieso,
y del palo no se salva
ni siquiera el de Fomento.
—¿Y no temes?...

—Qué inocencia!
Sería chistoso el hecho!
¿Desde cuándo acá no es libre

la emisión del pensamiento?

—Un ministro?

—Es gran persona,
Casi, casi le tuteo.

—Esto más? Tú eres mi hombre!
pues de mi viaje el objeto
no es otro que á mi gramática
declaren libro de texto,
y siendo tal tu prestigio.....

—Téngalo usted por resuelto.

—Un abrazo, Burgondóforo.

—No lo merece el suceso.

Aquí tiene mi tarjeta.

Detenerme más no puedo.

Me esperan en la embajada.

Acto oficial.... Un almuerzo
de etiqueta.... Vaya á Fornos
de nueve á diez y hablaremos.
— No fallaré.

—Hasta la vista,
queridísimo maestro.

.....
Este todavía almuerza!

Mas de mi asombro no vuelvo!

Si era el chico más zoquete
entre todos los del pueblo,
y ahora es una taravilla.

¡Qué verbosidad, que ingenio!

Es un prodigio esta atmósfera
para hacer lo blanco negro.

.....
Una carta! ¿Será suya?

¿La dejó caer? Tal creo.

»Es usted un mentecato.»

—Caracoles, qué comienzo!

«He procurado informarme
 «y adquirí el convencimiento
 «de que ni escribe en periódicos
 «ni es abogado, y le advierto
 «que si el día convenido
 «no me devuelve ese préstamo,
 «para cobrarme el *sablazo*
 «conozco un procedimiento
 «de resultado infalible
 «que invariablemente empleo
 «con los farsantes.» Firmado.
 No tiene ripio. Y yo, necio,
 candidamente creía....
 Que tiempos, señor, que tiempos!

NOTA

¿Hay alguno entre ustedes
 que desconozca el modelo?

JUAN MAILLO.

FESTEJOS PERMANENTES.

¡Qué desgraciados son los provincianos!

Buena diferencia va del ayuntamiento de Madrid á los ayuntamientos de otras provincias.

Mientras otros se ven acosados por los maestros de escuela y por el *mildew* de instrucción primaria, en Madrid no pensamos más que en divertirnos con todo el cuerpo.

Cuando no hay cosmorama hay poliorama, y cuando no

ciclorama, todo menos *ciscorama*, porque no cabe más tranquilidad ni más fraternidad ni más benignidad.

Van más de quince festejos, todos diferentes y de varios sexos.

Fuegos artificiales, visiones de fantasmagoría, bailes al aire libre, iluminaciones á la veneciana y á la napolitana.

Exposición de perros, de flores y de monos sabios.

Corrida de toros «con el labio partido»: corridas de toros con portugueses en plaza; corrida

de Beneficencia con niños del Hospicio, auténticos.

Kermesse y giras campestres y otras varias giras.

Esto después de la Retreta y después de la romería á la pradera del Santo y de los bailes en los mercados y en el teatro de la Opera.

Y por último, *Pepe el huereva*, pasillo en un acto y en prosa.

Pero faltaba, como quien dice, lo más mejor.

El alcalde, acudiendo á todas las faltas y á todas las necesidades, inventó un festejo novísimo.

El de la cria de pinos en la dehesa de Amaniel.

Invitó á la prensa y á la tribuna y varios amigos, para que acudieran al plantío de pinos y ofreció una merienda á los invitados, como se ofrece á los chicos un dulce para postre.

El alcalde invitaba para «tomar una friolera» y, al mismo tiempo para «plantar por su propia mano, el aficionado, un pino ó dos, en la dehesa de Amaniel.»

No cabe mayor inocencia municipal.

Sin duda el alcalde recordó el cantar popular, que empieza así:

«En tu puerta planté un pino.»

Y aun creyendo, tal vez, que es costumbre caballeresca, la resucita.

Iniciado el período de la *chifladura* no ha tardado en dar ópimos frutos; sí, ¡oh! pinos!—frutos!

El Círculo Mercantil prepara un baile ensabanao, en competencia noble con el berrendo que dieron en el Real.

No se sabe si asistirán la guardiá auvarilla y las carrozas de doña Juana la Loca y de la Frágosa.

Mucho siglo XVI y mucho siglo XVII y algo de siglo XVIII porque el alcalde es clásico en todo.

El plantío de pinos es otra prueba de las aficiones del alcalde.

El pino era el árbol indicado para ahorcarse la gente en los siglos XV, XVI, XVII y aun XVIII.

El proyecto no es exclusivamente del actual alcalde.

Pero sí la realización.

Entre colocar la primera piedra y colocar el primer pino, esta es gloria mejor apropiada á la estación.

Los individuos que, usando de la invitación, plantaron algún pino, debieron darle su apellido.

Por ejemplo, de algún Pérez resultaría Pino Perez.

Verdad es que esto originaría perturbación y confusiones en la Botánica.

Porque si al *Morus Alba* y al

Obisus campestris: se añadiese el *Pinus López* y el *Pinus Gómez*, supongamos, y otros pinos, sería difícilísima la clasificación.

Porque no es Pino, Pina-Dominguez, por ejemplo, y ya es conocido.

Y en apellidos nobiliarios habría, en épocas futuras, complicaciones serias y equivocaciones graves, y en heráldica y blasón.

Cualquier Pelelez que hubiese plantado un pino en Amaniél resultaría pariente de otro Pelelez importante; por ser los dos pinos Pelelez.

Y en los escudos de sus casas figurarían, lo mismo en uno que en otro, un guerrero en cucullas, y un pino infantil.

Únicamente en el lema podrían diferenciarse.

Por ejemplo, en uno se leería:

«Llegué, vi y planté.»

Y en otro, tal vez:

«No hay quien me le mueva.»

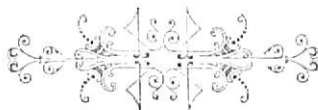
Por lo demás el arbolado era una necesidad en la dehesa de Amaniél.

Ya no serán aquellos lugares, solitarios y tristes, repulsivos para el vecindario, sino sitios de recreo y esparcimiento, donde concurrirá lo mejor de Madrid, con tortillas y botas ó con otras clases de meriendas, según la mejor. (véase ó léase «la clase.»)

Y Madrid bendecirá esta racha de festejos por los pinos que quedan.

Esta vez lo único que queda, por lo menos ostensiblemente.

EDUARDO DEL PALACIO.





—¿Y usted, dónde va ahora, Doña Robustiana?—Yo voy á San Millán.—
¡Ay, hija, pues vive usted mal enterada, porque ahora, para dormir á
gusto no hay ningún templo como San Ginés!

CUENTO.

I.

En una de mi pueblo
triste calleja,
tiene Rita una casa
ruinosa y vieja.
Y en el muro, en un nicho
sucio y estrecho,
hay un santo de palo
roto y mal trecho.
No sé si por respetos
ó por ullajes,
las arañas le adoran
con mil encajes.
Nadie al santo regala
con oraciones,
ni tiene más devotos
que los ratones.
La dueña bien querría
cuidar al santo,
mas su mezquina renta
no es para tanto.
Pedir limosna al cura
fué empresa vana;
dijo: —Tengo mis santos,
perdone, hermana.
Y sin luz y con moscas
vive entrelanto
el bendito San Lesmes
¡que este era el santo!

II.

Nadie ha visto una chica
tan resalada
como Irene, la moza
de la pasada.

Muchos mozos del pueblo
la han pretendido,
mas nadie sus favores
ha conseguido.
Que aunque al caso su oficio
poco se presta,
es Irene una chica
pura y honesta,
Sus favores, rendidos,
piden en vano
Ramón, Lucas, Antonio,
Roque y Mariano.
Cada día la asedian
con más ahinco,
pero la moza iguales
deja á los cinco.
Y viéndose por ella
tan desdeñados,
están los cinco mozos
desesperados.

III.

Tiene Rita, entre Lucas
y sus cofrades,
fama de zurcidora
de voluntades,
pues le cuentan los mozos
sus esperanzas,
y le hacen las mozueltas
sus confianzas.
Con ánimo de darlo
buen alboroque
si conquistaba á Irene,
fué á verla Roque.
Y le habló así la vieja:
—Si amas á Irene
y quieres que te quiera,
que por tí pene,
y se abraze en el fuego

que á ti te abraza,
encomiéndate al santo
que tengo en casa.

Regálame, si sales
con tu capricho,
un farol con que alumbre
su pobre nicho.

Pues bien; si á ella le ablanda
mi tierno llanto,
tendrá por cuenta mía
farol el santo.

IV.

A lo mismo (sin duda
lo hizo el demonio)
fueron Ramón, Mariano,
Lucas y Antonio.

Y como eran las mismas
sus preteusiones,
les hizo Rita iguales
proposiciones.

Con eso, el que triunfara
daba á la vieja
un farol para el santo
de la calleja.

V.

¡Mire usted que la cosa
tiene huecos,
que ya alumbran al santo
cinco faroles!

JOSÉ ESTREMEIRA.

A las tres va la vencida.

Por yo no sé qué razón
un día estando en Valencia
tuve la horrible intención
de echarme por el balcón
y dar fin de mi existencia.

Pero lo juzgué locura,
hija de un delirio extraño.
al pensar con gran cordura
que me iba á hacer mucho daño
cayendo de tanta altura.

Otra vez, estando en Soria
por razón muy parecida,
dije: — Adios, vida irrisoria,
voy á dejarte enseguida;
y aquí paz y después gloria.

Hice un lazo en un cordel,
y ya puesto el cuello en él,
tuve que desistir de ello,
al pensar que el lazo aquel
me apretaba mucho el cuello.

Con mi constante manía
de morir, porque otro día
me llamó mi novia ingrato!
dije: — ¡Vaya, no hay tu tía,
ahora es de veras, me mato!

Y me he casado hace un mes,
el día de San Andrés.
Quien va del peligro en pos,
al fin su víctima es,
porque lo que está de Dios...

Yo el fatalismo no admito,
mas cuando en ello medito,
tengo siempre que decir:
¡Ay! si esto no estaba escrito,
es que lo iban á escribir!

FELIPE PÉREZ GONZÁLEZ

Epigramas

«Querido amigo Romero:
 Tu carta ayer recibí,
 recomendando á Rubí
 para el cargo de cajero;
 yo, aunque complacerte quiero,
 admitirle no es razón.
 En tu recomendación
 dices que es de *confianza*,
 pero no tiene *fianza*
 y de nada sirve el *con.*»



—¿Qué son los besos, papá?
 —¡Los besos!... son tonterías.
 —¡Pues no sé si D. Matías
 londea con mi mamá!



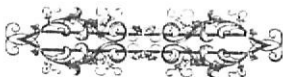
Vive con su amante Rosa,
 el fiel de pesos, Miguel,
 y aún dice su buena esposa
 que tiene un marido *fiel*.



—Mi marido es tan celoso —
 repite siempre Rosario —
 que hasta le pone furioso
 que haga mimos al canario:

Mas yo aclarar necesito
 que, según versiones varias,
 el *canario* es un primito
 procedente de Canarias.

M. MARZAL Y MESTRE





EN LA EXPOSICIÓN.

...; Luego quieren que el arte florezca!—Ponen aquí este cuadro que es un jeroglífico, y el mío que es una obra digna de Velázquez, lo mandan á la sala del crimen.

MISCELÁNEA

Hemos tenido el gusto de recibir un ejemplar del libro titulado *Maletercias*, original de nuestro compañero en la prensa Sr. Pérez Uria.

Recomendamos esta obra á los aficionados al arte de Montes y Pepe-Willo, pues en ella se pintan con gran exactitud las costumbres de la gente de coleta.

Está de venta al precio de 75 centimos en la librería de San Martín, Puerta del Sol.



A mí, vamos, que no me hablen de los ingleses, ni de los franceses, ni de ningún extranjero, y de que si son tan buenos sordao; porque, vamos, que donde está un militar español,

allí está toa la gracia der mundo.



Por haber llegado tarde á nuestro poder, no publicamos en este número los artículos de los Sres. Cavia y Extrañi, que irán sin falla en el número próximo, acompañados de otro de Sánchez Pérez, y de poesías de conocidos escritores.



La verdad es que soy un esclavero deshecho.

A mí, que no me gusta la sujeción, le dije á mi mujer:

—Mira, que te acompañe á casa tu primo Jorge, que yo voy á un negocio importante, y quizá no vuelva en toda la noche... y electivamente, me voy

al casino, á jugar me unos miles de pesetas, mientras que ellos se aburrirán soberanamente esperandome.

¡Qué pillo soy!



Un individuo se jactaba de haber viajado por todo el globo, y en todas partes no hablaba de otra cosa que de sus viajes.

Un día díjole uno en cierta reunión:

—Hombre, Sr. Rodríguez, usted que ha estado en tantas partes, ¿ha llegado por casualidad á ver el nacimiento del Nílo?

—Pues no, señor; por una casualidad no me encontré en el nacimiento, pero estuve en el bautizo.



A esta chica que aquí expongo
con la mejor intención,

le recomiendo el jabón
de los príncipes del Congo.



Pues señor, hace un rato que lo estoy pensando, y la verdad, no sé si indignarme ó no.

Es el caso que esta mañana cuando fuimos á tomar la orden le pregunté á mi jefe:—Diga usted, D. Remigio, ¿y yo qué hago?

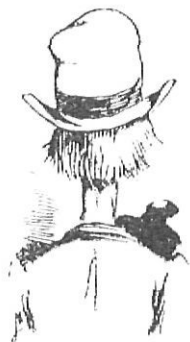
—Váyase usted á la exposición de perros, me contestó.

Y quizás lo diría con segunda.

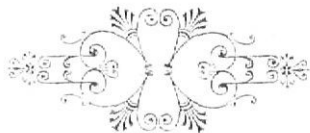




En cuanto sepa *Etulero*
que no se *pué* emborrachar
porque no llevo dinero
¡valiente bronca va á armar!



¡Lo que es la injusticia! Mu-
chas fiestas á Peral porque ha
descubierto la navegación sub-
marina, y á mí, que he descu-
bierto el modo de vivir sin
comer y que lo vengo poniendo
en práctica desde que cayó don
Antonio, ni un mal recuerdo.



Correspondencia particular.

Ximenez.—Madrid.—Lo xiento mucho, pero no puedo inventarla.

L. P.—Madrid.—No quisiera equivocarme, pero me parece que ese pensamiento es muy antiguo.

Un rípioso.—Madrid.—Ya ve-

remos, es fácil; escribiré particularmente.

Un melón.—Madrid.—Tu has llegado á donde no llega casi nadie: al conocimiento de sí mismo.

Pílongo.—Barcelona.

Querido señor *Pílongo*, para publicar sus *versos* ahora es la gran ocasión: diga usted algo del jabón de los príncipes del Congo.



De la acera del Imperial. Auténtico.

EL MUNDO ALEGRE

se publicará quincenalmente formando un cuaderno de 32 páginas en un todo igual al presente.

Llevará artículos y poesías de nuestros principales literatos y retratos, y caricaturas de los mejores dibujantes.

UN NUMERO SUELTO

10 CÉNTIMOS.

Por suscripción: UN SEMESTRE, Una peseta.

A los corresponsales se les remitirá la liquidación a fin de cada mes, y dejará de serlo el que no haya satisfecho el importe de su cuenta antes del día 10 del mes siguiente.

ADMINISTRACIÓN

TESORO, 5, BAJO.

y

KIOSKO DE LA UNIVERSIDAD,

Plaza de Santo Domingo.

Horas de despacho: en el primer punto de 2 a 6; en el segundo, todo el día y hasta las doce de la noche.

